

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

14



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1973

el Dios malo de las tinieblas. (Cfr. la unión de la luz con el bien en la filosofía europea). El hombre, informa el (Zend-) Avesta, debe vencer lo malo y liberarse en el mundo de la maldad. En esto consiste justamente su positiva tarea. Justicia, fidelidad, pureza, humildad y participación son para él los valores a los que esencialmente debe aspirar.⁴¹

Nuestra exposición intentó mostrar que, aun vista históricamente, en las distintas culturas se ha operado una admisión de valores normativos e incondicionados; por cierto, éstos pueden ser considerados bajo diversos aspectos; pero, como dijimos al comienzo, se presenta allí, de todas maneras, un común núcleo de sentido. Naturalmente, también se hace siempre presente un cuestionamiento de tales valoraciones. Sin embargo, aquel conocimiento sugiere que habría que atribuir a ciertos valores fundamentales un carácter *supratemporal* cuyo reconocimiento exige —se podría decir— una validez absoluta, incondicionada. Dichos valores surgen del conocimiento esencial del hombre y son inmediatamente evidentes. Diferente puede ser, en verdad, el camino de las respectivas fundamentaciones.

Traducción del alemán de
MARIO A. PRESAS.

⁴¹ Cfr. H. Oldenberg, *Aus Indien und Iran* (1899), 152s., 165: El triunfo del Bien. Sobre el dualismo persa: C. Batholomae, *Zarathustras Leben und Lehre* (1924), 12-14. Brodbeck, 245: influencias en Platón, 308. K. F. Geldner, *Die zoroastrische Religion* (*Das Avesta*, 1926), 7, 12, 46: la intención buena o mala, *Yasna*, 27, 13. S. J. Parapowale, *Zoroastrian Philos.*, 19, 21 (en Ferm): ley eterna de vida.

EL HOMBRE, PROBLEMA PRIMODIAL DEL HOMBRE

DR. OSCAR HASPERUE BECERRA
Casa de la Cultura Americana
Acapulco, Gro.

a) EL HOMBRE Y SU DESTINO

NO ES INSENSATO SUPONER QUE EN TODO TIEMPO, desde la aparición del hombre sobre la tierra, el hombre mismo o al menos su vida —conviene no confundir uno y otra, pues en cierto sentido el hombre trasciende su propia vida mientras en otros ocurre lo contrario— debe haber constituido su problema primordial, aun cuando en el largo comienzo no haya tenido conciencia clara de ello. Su enfrentamiento con la naturaleza; la resistencia que ésta le ofrecía y los peligros con que le amenazaba —frío, calor, viento, lluvia, rayo, inundación, sequía, alud, miasma, fiera, insecto— poniendo a prueba su vitalidad y su ingenio; los instintos de conservación y de procreación (conservación de la especie) que le moverían a procurar alimento, abrigo y defensa para sí y los suyos; la necesidad de encontrar la mejor solución posible —en relación con su estado, su entendimiento y su circunstancia— a cada una de las cuestiones, crecientes en número y complejidad, que el cotidiano vivir y el futuro inmediato iban planteando de modo cada vez más dificultoso a medida que su prójimo se multiplicaba y concurría a la escena con sus propias y similares necesidades, como así también las experiencias y vivencias de todo tipo que iría acumulando, debieron centrar, tanto en su pensamiento como en su voluntad y su acción, la preocupación por su personal suerte —suya y de los suyos— hasta desembocar en la reflexión (pensar sobre su pensar), momento trascendental en la evolución del universo a partir del cual el hombre inauguró —o el universo por su conducto, que es lo mismo— una nueva etapa y con ella un nuevo reino en la naturaleza: el reino del espíritu.

Desde este instante el hombre debió empezar a tomar conciencia de su ser y su existir, por confusa que esa conciencia haya sido al principio o continúe

siéndolo todavía. Esta toma de conciencia hubo de implicar meditación acerca de su propia ubicación con el Creador del mundo —si supuso que el universo había sido creado por alguien— o con el propio universo —si imaginó que éste se había autocreado—, con su semejante y con las cosas del mundo dadas por Dios o por la naturaleza y por el propio hombre. En todo caso, el centro del problema debió seguir siendo —ahora más nítida, directa y profundamente— el hombre mismo. Sin él, sin su conciencia, Dios y el universo —incluidos su semejante y las cosas— existirían desde antes y existirían después, pero no existirían para su conocimiento. Sin su conciencia, tampoco el hombre existiría como tal; continuaría siendo lo que probablemente fue en un comienzo: un cuerpo y una síquis aparentemente del orden vegetal y el animal, un poco más desarrollada la síquis que en los otros dos reinos orgánicos.

El salto del animal al hombre —si prescindimos aquí de las hipótesis que hacen nacer a éste súbitamente con plenitud de razón o aparecer en la tierra cabalmente formado desde orígenes extraterrestres— debió producirse al tomar el animal humano conciencia de su conciencia. Ese salto configuró la gran metamorfosis: el ser humano comenzó a ser hombre dejando de ser animal. Semejante salto fue definitivo, sin posibilidad alguna de retroceso. Aunque haya podido decirse —yo también lo he dicho— que en ciertos momentos históricos y con relación a algunos de sus ejemplares, un salto atrás —un gran salto hacia el pasado— pudo devolver al hombre a su estado y su nivel anteriores, al estado y el nivel del animal, al de la bestia, tal expresión sólo pudo tener sentido metafórico. La evolución es irreversible, al menos tal como hasta ahora ha podido ser desentrañada por el conocimiento humano. La mariposa jamás volverá a ser oruga; el anciano jamás volverá a ser niño. Tampoco el hombre podrá nunca volver a su primitiva condición animal. Cuando decimos que el viejo torna a la infancia, usamos asimismo un lenguaje figurado; hablamos de una segunda infancia. Sabemos que la senectud reduce, debilita y puede llegar a apagar totalmente la lucidez de la conciencia. Parecida cosa ocurre en el hombre que se comporta como fiera. Inmerecido favor le haríamos si le juzgáramos como si realmente fuera una fiera: lo exoneraríamos de la responsabilidad indeclinable que es propia del ser humano. El demente es un hombre enfermo. Su enfermedad, como la senilidad del anciano, puede tornarle irresponsable pero jamás revertirle al animal.

La necesidad de reflexionar sobre su propia existencia y sobre el universo que le rodeaba debió inducir al hombre el deseo de penetrar el sentido de su presencia en el mundo, de averiguar el porqué y el para qué de esa existencia suya y del universo, para ayudarse a comprender su ser y su existir, la persona y la obra del Creador, el mundo y sus cosas, su propia ubicación dentro del

mundo y entre las cosas, el hombre creó la religión, la filosofía, la ciencia, el arte y la técnica, cinco estupendas, maravillosas, increíbles creaciones de su espíritu con las que paciente y paulatinamente fue elaborado su propio mundo, el mundo del espíritu humano; cinco creaciones como cinco eran los dedos de su mano y cinco los sentidos de su cuerpo; cinco creaciones que serían los cinco dedos y los cinco sentidos de su alma; cinco dedos o instrumentos y cinco sentidos o caminos espirituales: el sentido estético, el sentido técnico.

No sabemos cuánto tiempo haya tardado el hombre —muchos siglos, algunos milenios, tal vez un par de millones de años— para descubrir que no se hallaba en la tierra simplemente para procrear semejantes, alimentarse, abrigarse y asegurarse —el prójimo haría lo mismo— con las cosas que encontraba en la naturaleza y las producidas por su ingenio y sus manos, que, poco a poco, habían aprendido a obedecer los mandatos de su voluntad. No se conformó el hombre con una vida que apenas le diferenciaba del animal. Aspiró a mucho más: buscó conocer a Dios, conocerse a sí mismo, conocer al mundo y a su semejante, conocer la belleza y la utilidad. Esa ambiciosa y ya irrenunciable aspiración fue confiada a lo que denominó pensamiento, mente, entendimiento, espíritu, inteligencia, conocimiento. Esta potencia lo elevaría cada vez más sobre el animal. A ella encomendó el mejoramiento de su suerte personal y la de su descendencia.

Empezó, pues, el hombre a organizarse y prever el mañana. Organizarse significó articular sus recursos y acciones para satisfacer sus necesidades según un orden de prelación; prever el mañana, enderezar su pensamiento y su voluntad hacia las exigencias del porvenir inmediato primero y mediato después. El más remoto porvenir mediato sería de doble especie: la suerte de sus descendientes y su menos lejana salvación o perdición. Si de sus pensamientos y actos, actuales y próximos, habría de depender, en la medida de lo posible, su futuro inmediato y en buena parte el de sus descendientes, con mayor razón del conjunto de esos pensamientos y actos suyos dependería, en la medida de lo creíble, su suerte definitiva tanto aquí en la tierra como en el cielo.

Con la ayuda de la religión, esa creación de su espíritu, primera en escala jerárquica —crear la religión no es crear a Dios, como piensan los naturalistas o materialistas—, el hombre buscó el camino que le condujera a la salvación y evitara su perdición. El hombre se esforzó por conocer a Dios e interpretar su voluntad y sus deseos. Con la ayuda de la filosofía, esa otra creación de su espíritu, buscó conocer, más allá de las apariencias, la esencia de su yo íntimo y verdadero (conócete a tí mismo), del universo de las cosas, en una palabra, del ser; otro camino de aproximación del Ser Absoluto, al Creador. Con la ayuda de la ciencia buscó conocer la naturaleza del mundo material que le rodeaba y en el que estaba inserto, sus poderes y maneras de obrar, y

asimismo la naturaleza y principios de su propio mundo, de su mundo específico, el mundo espiritual. La ciencia también era creación de su propio espíritu e igualmente una senda de acercamiento al Supremo Hacedor a través de sus obras. Con la técnica, el hombre buscó aprovechar los conocimientos que le brindaba la ciencia por él creada, para mayor y mejor beneficio material y espiritual de sí mismo y los demás hombres, aplicándolos a la producción de bienes de una y otra índole; cuarta manera de arrimarse al Gran Arquitecto cooperando a sus designios. Con el arte buscó la belleza —el más hermoso país de ese mundo nuevo— creándola y recreándola en ambos universos, el de fuera y el de dentro; quinta forma de acercamiento —intuitivo, no racional— al magno misterio, a lo absoluto, a Dios.

Todo esto el hombre fue haciéndolo con su espíritu, con los dedos y los sentidos del alma servidos por los dedos y sentidos de su cuerpo. Entonces debió entender que su ubicación estaba más allá y por encima del reino de las cosas inanimadas (reino inorgánico, mineral) y del de las cosas vivientes, animadas (reino orgánico, vegetal y animal), es decir, de la naturaleza anterior a su llegada, sin dejar de entender que él mismo pertenecía a esa naturaleza puesto que también él, al igual que los astros, la tierra, los minerales, las plantas y los animales, había sido creado por el Creador. Era como ellos y, sin embargo, era diferente de ellos. Su cuerpo formaba parte de aquellos reinos cuyas cosas podía ver, oír, tocar, oler, gustar, mas a su espíritu no podía sentirlo sino dentro de sí mismo, imaginarlo dentro de su semejante y de las cosas surgidas de las manos de su alma —excepcionalmente también en algunas producidas por las manos de su cuerpo— e intuirlo inmenso, inconmensurable, misteriosamente absoluto en la persona de su Creador. En ese espíritu radicaba la diferencia con los otros reinos, de los que se encontraba radical y definitivamente separado. El hombre debió comprender que poseía algo de que carecían las restantes creaturas. Ese algo era precisamente lo que determinaba su condición humana, su verdadera condición; algo que hacía de él y de su semejante no una especie más, la última, en la escala zoológica, sino la primera especie terrestre —no sabemos si también la última y también cósmica— en la escala esencialmente espiritual de la naturaleza.

El hombre —alguna vez llegó a comprenderlo— era en sí un milagro, un milagro de la naturaleza, maravilloso como todos los milagros, con un montón de moléculas debidamente organizadas, tomadas en préstamo de los otros reinos a los que a su término terrestre devolvería (“polvo eres y al polvo tornarás”), energéticamente guiadas, la naturaleza había dado su fruto más preciso aunque muchas veces, la mayoría de las veces, apareciera feo, áspero, maloliente, desabrido, ruidoso. Esto era cosa aparental, externa. La preciosidad estaba en la esencia y la estructura. El hombre, no obstante su infinita peque-

ñez y su infinita indefensión, hubo de entender que su participación en el mundo se reducía al orden molecular y energético que lo ligaba al mineral, al vegetal y al animal. De minerales estaba compuesto su cuerpo; con la planta compartía semejanzas biológicas y estéticas; con su organismo cumplía las funciones vitales del animal. Pero aquel “algo” seguía distinguiéndolo del resto del mundo. Su propio cuerpo y su lenguaje —ese otro milagro de su espíritu— le sugirieron jerarquías esclarecedoras. Advirtió que en los extremos inferiores de sus inferiores extremidades llevaba plantas, plantas que, aunque de modo semialado, le fijaban a la tierra, a la madre tierra. En las manos, extremos de sus extremidades superiores, llevaba palmas, que algún día le ayudarían a forjar la gloria de llegar a ser más hombre. Otras manos con palmas íntimas y etéreas, las manos de su alma, le permitirían aproximarse al padre Dios, y con los sentidos de esa misma alma suya, más íntimos y etéreos todavía, alcanzaría insólitamente a verle, a escucharle, a dialogar con El.

El espíritu con que había sido dotado le permitiría entenderse con su semejante —su hermano—, comunicarse con él, comprenderle, ayudarlo, obtener su ayuda, compartir un mismo destino. Gracias al espíritu, el hombre no estuvo jamás solo. El Creador le acompañaba desde allá arriba y desde aquí dentro; su hermano, desde acá al lado. Con el espíritu podía crear cosas nuevas, otros mundos que no existían antes que él llegara a crearlos. Con su espíritu, mediante las manos de éste y de su cuerpo, podía transformar la naturaleza, perpetrar el fuego, producir calor donde hacía frío y frío donde hacía calor, surcar los mares sobre o debajo de las olas, abrir la tierra para unirlos, volar sobre ella y más allá de ella, hacerla procrear a voluntad, sobrevivir a la muerte de su carne.

El espíritu —que durante su vida animaba su carne— le convertía en nuevo creador, en cocreador del mundo, mundo que no estaba completamente hecho, definitivamente creado sino apenas esbozado a su llegada. Esto era evidente. Si él traía al mundo, producidas por su espíritu, cosas que el mundo no tenía antes, resultaba claro que ni el mundo las había creado, ni el mismo mundo, al carecer de ellas, estaba hasta entonces enteramente creado. El hombre debía, pues, proseguir la obra del Creador. Para eso estaba en el mundo, no sólo para comer el fruto del árbol o la entraña de otra criatura vegetal o animal y luego echarse a dormir como león o serpiente después de devorar su presa, ni para multiplicarse sin crecer. El hombre tenía un sentido, una misión, un destino sobre la tierra: crecer hasta llegar a ser hombre. Esto era propio del espíritu y sólo mediante el espíritu podía ser cumplido. Si así no fuera, ¿porqué y para qué, entonces, había sido puesto el espíritu dentro de su cuerpo, mejor dicho, en su cuerpo? ¿para nada? ¿para seguir simplemente comiendo y procreando como la bestia? ¿para regalar su carne con bienestar y comodidad haciendo de sí mismo

una bestezuela de placer y lujo? ¿O tal vez solamente para adorar a su Creador? Pero... si fuere verdad esta hipótesis, el creador no pasaría de ser un vanidoso que había andado por su universo buscando adoradores y no encontrándolos en los astros ni en el mineral, la planta ni el animalejo, había decidido crear el hombre. Sin embargo, semejante hipótesis sólo podía caber en un minúsculo cerebro de homínulo. Razonando un poco más, el hombre no tardó en comprender que si el creador hubiese sido realmente vanidoso no hubiera necesitado crear adoradores: le habría bastado su propia adoración, forma pura y perfecta de vanidad. Tornó, por tanto, a preguntarse: ¿solamente para adorar a su Creador? Este era el primer mandamiento, mas no el único ni el último.

Preciso era, por lo tanto, que el hombre entendiera rectamente eso de adorar. Adorar, rectamente entendido, no podía reducirse a reverenciar a Dios, darle culto, elevarle plegarias, brindarle sacrificios, llevar ofrendas a sus altares, temerle, sobre todo temerle: temer sus iras por culpa de sus pecados o ni siquiera suyos sino de su primer padre terrenal, o quizá, temer su justicia implacable, inexorable, sorda, ciega. Adorar a Dios había de ser algo muy distinto, algo digno de Dios, no de un dios pigmeo, soberbio, vanidoso, miope y rencoroso, imaginado a imagen y semejanza del hombre, sino del Dios que había creado el universo por una sola razón valedera para su razón: por amor. Adorar a Dios había de ser, principalmente, amarle sobre todas las cosas. Al ser amado sobre todas las cosas, Dios sería rectamente adorado, reverenciado. Amar de verdad jamás fue cosa inerte, fría, ritual. Amar es identificarse con el ser amado, con su amor, afanarse por compartir su afán, tratar de pensar y obrar con arreglo a sus designios; en dos palabras, crear amor. El amor es lo contrario del odio, una de cuyas formas tangenciales es el temor. A quien se teme, generalmente se odia; a quien se odia, generalmente se teme. Se teme al enemigo, no al amigo. Odiamos a aquel a quien deseamos daño. Le deseamos daño porque le odiamos. Mas ese odio hace nacer en nuestro espíritu el temor de recibir daño del ser odiado. El odio es destructor: aniquila al mundo, al hombre, a Dios en el hombre. Quien no ama no crea, no puede crear aunque piense que se puede crear sin amor. Inversamente, quien no crea (de crear, no de creer) tampoco ama, aunque crea (de creer, no de crear) que ama. Quien así piensa o cree, no sabe crear ni sabe crear porque no sabe amar.

b) EL EXTRAVÍO MATERIALISTA

El camino era lúcido: el hombre estaba sobre la tierra para cooperar con el Creador en la prosecución de su obra, para co-crear por amor, para amar co-creando. Altísima era, por consiguiente, la misión asignada al espíritu humano. ¿Podía concebirse otra más alta? Sin embargo, el hombre extravió el camino,

atraído por otros cultos surgidos desde las oscuridades de ese espíritu suyo —también hecho de sombras—, engendrados por su soberbia, por la vanidad que en algún momento de demencia había atribuido al Creador. Admirado de los poderes de esas manos suyas —del cuerpo y del alma— que habían ido aprendiendo a dominar la naturaleza, a crear mundos nuevos, a fabricar maravillas, a seducir y subyugar a su hermano, pensó que él era Dios; que siéndolo, no necesitaba de su Creador; que éste no pasaba de haber sido un producto de su propia imaginación elaborado en la lejana edad infantil, primitiva, cuando le había resultado útil para empezar a comprender el mundo mediante una imagen provisional y grosera del origen del universo; que había llegado la hora, alcanzada la madurez, de prescindir de toda idolatría indigna de su rango y jerarquía. El hombre era el amo del mundo. No debía, consiguientemente, ser esclavo de nadie. Su razón era la verdadera Diosa, la única. Guiado por esa orgullosa deidad, el hombre desalojó a Dios de las escuelas, lo reemplazó en los altares, lo expulsó de su corazón, la aniquiló en su mente y con Nietzsche proclamó ante la faz del universo, ensoberbecido, que Dios había muerto. El Rey ha muerto. ¡Viva la Reina!, clamó la razón.

El diabólico extravío no demoraría en acarrear al hombre gravísimas consecuencias para el futuro de su vida sobre la tierra. La más nociva, realmente funesta, fue la sustitución del hombre mismo como centro de sus preocupaciones por alguna de sus propias creaciones: la raza, el pueblo, la nación, el Estado, el capital, la clase, el partido, la economía, la libertad, la igualdad, el progreso, la ciencia, la técnica, etc. Al faltarle Dios como razón primera y última de comprensión de su condición humana y como esencia, fundamento y ejemplo de amor, el hombre dejó de ser el centro del problema, descendió de su eminente calidad de co-creador del mundo —a la que había sido elevado en su condición de hijo amado de Dios— a la de súbdito de cualquier pedazo del mundo por él creado; a veces tan sólo una idea, otras una simple ideología: en todo caso, una cosa. Si cosa era el objeto adorado, no podía ser superior a ella el sujeto adorador. El hombre acabó cosificándose a sí mismo.

La necesidad espiritual de adoración —de la que por su origen, naturaleza y destino el hombre no puede exonerarse— fue volcada en favor de cualquiera de sus propias criaturas, que de hijas suyas pasaron a ser sus señoras, sus amas, o en beneficio de alguno de us semejantes, de algún hombre determinado —no del hombre, como lo había querido la Razón— que por este atajo, de hermano suyo, de su igual, de criatura de Dios, de hijo del Creador, pasó a ser el nuevo dios.

En esta torcida adoración, en este falso camino del amor, el hombre olvidó que nada había sobre la tierra superior al hombre mismo concebido como personalidad indivisible y como humanidad, concebida ésta como especie humana,

no como abstracción ni como monstruo de mil o tres mil millones de cabezas, o sea, como hombre colectivo, sino como hombre conjunto y sucesivo, como unidad humana de la que cada hombre, todo hombre, cualquier hombre es parte esencial e insustituible, es decir, como personalidad integral en tiempo y espacio constituida por personalidades integrales, cada una de las cuales, por desamparada y mísera que sea su condición, tiene mayor jerarquía y dignidad que cualquiera de las creaciones del propio hombre, incluso del mismo templo el hombre edificó para adorar a Dios, puesto que el templo no ha sido hecho para Dios sino para el hombre, para dignificar a éste, para jerarquizarlo, purificarlo, elevarlo, aproximarle, a Dios. San Pablo dice que el único templo que Dios creó fue el cuerpo del hombre. Lo creó, agrega luminosamente, para habitar en él. Esta es la única residencia divina en la tierra.

Grave extravío entrañó, pues, el endiosamiento del hombre mismo o de alguna de sus creaciones. Mas este extravío ha de ser comprendido antes de ser condenado sin apelación. Por lo común, las condenas humanas se asientan sobre el desconocimiento de la totalidad de causas, sobre todo de las verdaderas determinantes del acto que es condenado. En el caso que nos ocupa, debemos recordar que la humanidad permanece en estado de adolescencia, si en realidad ha superado sus años infantiles. Nosotros somos parte de la humanidad. Si supiéramos observarnos descubriríamos, incluso en aquellos semejantes nuestros a quienes tenemos por más maduros, ademanes, actitudes, reacciones, inclinaciones y gustos típicos de la infancia. Tales aspectos nos revelan que en cierto modo el hombre adulto y hasta el anciano continúan siendo niños, aunque en los restantes se conduzcan de acuerdo con lo que actualmente consideramos propio de su edad. Si aplicáramos esas observancias al conjunto de la humanidad, probablemente seríamos menos exigentes en nuestras demandas de mayoría. Tendemos hacia una humanidad adulta, mas estamos lejos de serlo. Con mayor razón debemos ser indulgentes con nuestros antepasados que se dejaron seducir por las voces melifluas del viejo racionalismo materialista —incluso revestido de engañosos ribetes espiritualistas— que terminó imponiendo un crudo materialismo desprovisto de toda razón. Ese racionalismo explotó, como avezado corruptor, la soberbia de la criatura humana prometiéndole todo conocimiento y todo poder. ¿Por qué había de conformarse con ser simplemente el “pequeño Dios” supuesto por Leibniz si podía ser y lo era por su razón el verdadero Dios, capaz de producir la vida misma? ¿Acaso el hilozoísmo de Tales y sus seguidores no habían buscado el principio de la vida en la materia primitiva? ¿Acaso no había comenzado con la teoría del átomo de Demócrito, quien imaginó el alma compuesta de una materia muy fina, el materialismo mecanicista? ¿Acaso Juan Duns Escoto no se había preguntado en plena escolástica “si la materia no podría pensar”? Desde esas fuentes

hasta la pretensión de Le Dantec, en la Francia del siglo pasado, de encontrar la síntesis de la vida en algún tubo de ensayo, y la del académico ruso Oparine, con apoyo en las concepciones materialistas de Engels y en la biología moderna, de rastrear la generación espontánea por imposible que hoy aparezca, solamente hay un pequeño paso que el orgullo del hombre supo dar, sin comprender, al hacerlo, estas tres razones que lo habrían reinstalado en su humana humildad: a) que el materialismo tiene vigencia exclusivamente en el ámbito de las cosas y su mecánica, cuyas categorías —materia, movimiento, fuerza, etc.— no son suficientes para explicar por sí solas la vida orgánica y síquica, manifestándose totalmente ineptas para explicar la vida espiritual (pensamientos, emociones, voliciones); b) que el materialismo no puede dar razón de por qué, cómo y para qué surge el espíritu de la materia sin la intervención de algún poder espiritual, es decir, cómo ese “ente tan lato, la materia, se las tiene que arreglar para pensar, sentir y experimentar” algo, usando aquí la expresión de un autorizado físico; c) que aun en el caso de que el hombre llegara a producir la vida partiendo del tubo de laboratorio, no excluiría la presencia de un poder espiritual superior que lo hubiese escogido para proseguir la obra creadora. Si el hombre está llamado a crear mundos espirituales ¿qué importancia podría tener que también llegara a crear en el mundo de la materia? A la idolatría materialista y al menosprecio del espíritu hay que atribuir la desproporcionada importancia que se concede al supuesto.

Las líneas de seducción quedaron tendidas en el campo de la satisfacción de ambiciones y necesidades materiales. Una de esas líneas fue el derecho. Siempre un derecho tuvo mayor poder de atracción que su reverso el deber. El derecho nos dice lo que nos está permitido hacer y obtener; nos hace más fuertes y ricos atribuyéndonos poderes de acción sobre personas y cosas. El deber, en cambio, nos marca lo que estamos forzados a hacer, o bien, lo que nos está prohibido hacer —límite de la libertad y del poder—, debilitándonos y empobreciéndonos en este último caso al privarnos de potencias y posibilidades, aunque en pureza semejante privación, en una etapa superior de la evolución, haya de revelarnos que conforma quizá el instrumento de más auténticas y poderosas fortificación y maduración humanas, virtudes que ni el niño ni el adolescente están en condiciones de percibir ni valorar.

La promesa de satisfacción de necesidades y ambiciones materiales (en ello consistieron las tres tentaciones de Jesús por el demonio) debió ser decisiva sobre el ánimo infantil de la humanidad por la sencilla razón de apuntar y excitar la esfera de los elementos minerales, vegetales y animales que constituyen el cuerpo del hombre, o sea, la parte inferior de su ser, con lo que el materialismo logró apoderarse tan plenamente de nuestra criatura como un hipnotizador puede hacerlo de su hipnotizado.

El reconocimiento de ciertos derechos fundamentales del hombre y del ciudadano consagrado por las revoluciones estadounidense y francesa —acontecimientos de tanta relevancia histórica que sirvieron para señalar el principio de la llamada edad contemporánea que nosotros denominaremos segunda edad moderna o alta edad moderna a fin de reservar la palabra “contemporánea” al período que empezó a correr desde la primera guerra mundial—, fue hábilmente aprovechado por la minoría triunfante para afirmar sus propios derechos (políticos, económicos y sociales) a costa de las clases vencidas (nobleza y clero) y de las desposeídas que la habían ayudado a vencer. Pocas minorías en la historia estuvieron tan penetradas de un sentido materialista de la vida como la burguesía que se apoderó de ambas victorias racionalistas ahogando al “hombre geométrico” de Filadelfia, la Bastilla y el Terror bajo el peso de los nuevos privilegios del propietario con que reemplazó los privilegios abolidos. De esta manera, el hombre y hasta el ciudadano desvaneciéronse paulatinamente en presencia de la nueva jerarquía de valores estructurada en función de los intereses económicos —industriales, comerciales, agrarios, profesionales—, a cuya preservación quedaron subordinados los privilegiados derechos políticos (sufragio limitado a poseedores y pagadores de impuestos) y hasta los privilegios intelectuales (habilitación mental del niño burgués e inhabilitación mediante el mantenimiento del analfabetismo— de los no poseedores: campesinado y proletariado).

La jerarquización burguesa dio nacimiento al capitalismo (organización de la sociedad en torno al capital, al dinero) y la competencia entre los grupos capitalistas por la expresión y la supremacía de sus respectivos intereses engendró el moderno imperialismo que se realizó a través de la explotación de los países débiles, castigados a suministrar materia prima barata y absorber manufacturas (países africanos, asiáticos, latinoamericanos y oceánicos y varios europeos inclusive). Con el materialismo hegemónico el mundo pasó a ser una gran colonia y un vasto mercado de los imperialismos europeos y estadounidense.

La concentración del capital y los privilegios burgueses produjeron a su turno, como reacción, la aparición del neosocialismo, primeramente del impropriadamente llamado utópico (Grün, Proudhon, Adolfo Blanqui, Lassalle, etc.) y posteriormente del no menos impropriadamente denominado científico (Marx, Engels, Lenin). Navegando la corriente materialista de la triada burguesía-capitalismo-imperialismo, la reacción socialista quedó teñida de indeleble pigmentación materialista. Desde entonces ambos términos —materialismo y socialismo— permanecen consustanciados e identificados en la caracterización de la mitad de la humanidad que dice luchar por la igualdad, así como consustanciados e identificados quedaron en la caracterización de la otra mitad, que dice luchar por la libertad, los términos materialismo y capitalismo.

Natural fue, por lo tanto, que a la disciplina destinada a atender las ambiciones y necesidades materiales —la economía—, tanto la triada como su oposición binaria atribuyeran la máxima categoría y consideraran determinante principal de la evolución de la humanidad. El Estado, el derecho, “la cultura”, quedaron relegados a condición de subproductos o superestructuras determinados, fundamentalmente, por la economía. Hemos visto cómo Engels calificó de “descubrimiento genial” la concepción de Saint-Simon en 1802 de la Revolución Francesa como una lucha de clases entre la nobleza, la burguesía y los no-poseedores, concepción que le llevaría en 1816 a proclamar la política ciencia de la producción y a predicar su reabsorción completa por la economía.

El extravío materialista se hace definitivo. El mismo Saint-Simon predirá el paso del gobierno político de los hombres a una administración de las cosas y a una dirección de las operaciones de producción; Engels, sin originalidad en este terreno, sostendrá “el reemplazo del gobierno de las personas” por “la administración de las cosas” y afirmará que “el conflicto entre las nuevas fuerzas de producción y la forma burguesa de su empleo... no es un conflicto nacido en la cabeza de los hombres” sino que “está allí, en los hechos, objetivamente, fuera de nosotros” —recordemos a “los hechos” operando independientemente en la crisis capitalista interpretada por Schumpeter—, con lo que los acontecimientos políticos se reducen “a efectos de causas, en último análisis, económicas”; y Lenin expresará que “el Estado socialista no puede surgir más que de una red de comunas de producción y consumo que lleven cuenta rigurosa de lo que ellas producen y lo que ellas consumen”.

Bien dice el citado Schumpeter al decir que el marxismo es esencialmente un producto de la mentalidad burguesa. Rappard afirmará en nuestros días que “vivir, para una nación, es producir para poder consumir y es organizarse colectivamente para poder producir”; el Secretario de Estado para las Colonias de Gran Bretaña manifestará en 1949 que “gran parte de los gastos del rubro servicios sociales se considera como gasto económico para promover una mayor eficacia del obrero e impedir un desperdicio muy considerable”; y Nelson Rockefeller informará en 1951 que “el control afectivo del paludismo ha reducido el costo de extracción y transporte del mineral de hierro y de la mica del Valle del Río Doce”. La vida en sí misma de los beneficiarios del servicio social y de los enfermos palúdicos continuará ausente de la mentalidad capitalista.

La concepción materialista de la vida alcanzará una de sus más altas cumbres con la firma de la Carta de Punta del Este relativa a la Alianza para el Progreso: “Las repúblicas americanas proclaman su decisión de asociarse en un esfuerzo común para alcanzar un progreso económico más acelerado y una más amplia justicia social para sus pueblos, respetando la dignidad del hombre

y la libertad política". El orden de los términos es esclarecedor: primero el progreso económico, después la justicia social (del "demo"), luego la dignidad del hombre y por último su libertad política. Los puntos que a continuación consigna la Carta no dejan espacio a la duda: tasa de crecimiento económico, distribución del ingreso nacional, diversificación de las estructuras económicas, precios de exportaciones, industrialización, producción agrícola, reforma agraria; más atrás: analfabetismo, educación primaria, salud individual y colectiva, vivienda, estabilidad de precios, programas cooperativos. La Carta no dice, pero ello va implícito, que la lucha contra el analfabetismo, la elevación del número mínimo de años de la enseñanza primaria, la salud y la vivienda son condiciones para un progreso económico más acelerado y la razón íntima de su mención.

Capitalismo y comunismo responden a la misma concepción materialista; sus objetivos y sus ideales son exclusivamente terrestres, por no decir pedestres. Ambos, cada uno con su ala, han cubierto y ensombrecido los respectivos costados de la sociedad de nuestro tiempo hasta convertirla en la sociedad más materialista y materializada de todos los tiempos.

La mentalidad materialista, que había resurgido en el campo científico ("El materialismo es el verdadero hijo de la Gran Bretaña" y "El padre auténtico del materialismo inglés de toda ciencia experimental moderna es Bacon", Engels), se afirmó omnímodamente extrayendo de la ciencia consecuencias y argumentos que concurrirían a fortificarla y prestigiarla. Decretada la muerte de Dios por los pontífices del materialismo ateo, sobre todo del positivismo negador de toda metafísica, adorado sólo formal, ritual, farisaicamente —que es otra manera de matar a Dios en el corazón del hombre por los espiritualistas vergonzantes—, el materialismo impuso su concepción monista según la cual la vida habría surgido de la materia por la sola acción de las fuerzas materiales de la naturaleza, y la inteligencia —a la que pertenecería la conciencia como producto superior— no sería sino un resultado de la actividad sicoquímica del cerebro, simple conjunto organizado de materia. El espíritu, para el materialista de izquierda, no pasará de ser fruto de esa actividad, en tanto que para el materialista de derecha o de centro —que lo admitirá e invocará hipócritamente con el propósito de ostentar un título de superioridad jerárquica sobre su consanguíneo izquierdista— sólo será un artículo de lujo, más o menos superfluo, útil únicamente para ocasiones solemnes y descartable, por molesto, en las horas cotidianas de la vida y en las metas propuestas a la existencia humana; algo así como la toga de las ceremonias académicas o judiciales contemporáneas, el uniforme de gala de los jefes militares o las condecoraciones diplomáticas.

A la preferencia que el materialismo prestó a las disciplinas científicas y téc-

nicas capaces de proporcionar satisfacción directa e inmediata a las necesidades materiales fue confiado el progreso de la sociedad, quedando pospuestas a planos secundarios las consagradas al cultivo del espíritu y, dentro de éstas, gravemente descuidadas las destinadas a la evolución del sentimiento y de la conducta. La misma preferencia determinó la aplicación de los principios y métodos que habían demostrado eficiencia en el logro de aquella satisfacción a las restantes ciencias y técnicas. La integridad del ser humano fue esfumándose gradualmente para hacer lugar al productor, al intermediario, al consumidor, etc., mientras, paralelamente, se operaba el desmedido auge de la estadística en la educación, el derecho, la política, la sociología, la economía misma, sellándose así el imperio ascendente del número uniformador de masas, a cuyo servicio obsecuente la ciencia y la organización de las democracias capitalista y socialista acabaron por deshumanizar al hombre. La fanática doctrina materialista de Feuerbach, Buchner y Moleschott desembocó en la imposición de un único dictador en cuanto concernía a los valores. Uno solo contó desde entonces en la vida social capitalista: el mercado; y el mercado —sabido es— ignora todo otro valor que no sea material mensurable (Campagnolo). El éxito devino el signo de la aprobación divina y la filosofía de la vida se hizo "materialista, hedonista, cínica" (Jungk). En la vida social colectivista solamente contó otro valor material, igualmente mensurable: la producción económica. Para el materialismo, el mundo es sólo un conjunto de objetos y el hombre uno de ellos. Como objeto, el hombre quedó reducido a la condición de medio y la sociedad a la de campo en que este medio actuaría juntamente con los demás al servicio de los nuevos dioses.

La afirmación kantiana de que ningún humano debe servir a otro como si fuera una cosa,¹ en virtud de que el hombre no es un medio sino un fin en sí, ha de entenderse no solamente en el sentido amplio de este fin en sí —no limitado al mero individuo—, sino también en el que le impide servir como cosa asimismo a cosa alguna, real o ideal, puesto que el fin del hombre es su perfeccionamiento y su salvación.

e) SEGMENTACIÓN DEL HOMBRE

Adoptamos esta palabra en el sentido biológico de división reiterada de la célula y en el geométrico de esfera cortada por plano que no pasa por el centro, para abarcar cuanto despropósito ha ideado la mente infantil de la humanidad al apartarse del camino luminoso que le fue trazado al ser creada

¹ Los párrafos que siguen están inspirados en el trabajo del autor titulado *Las Tres Soberanías*, pp. 15 y sigs.

y seguir cualquiera de los extravíos a que la condujo el desconocimiento de la unidad de la célula humana y su destino, para erigir como valor supremo de la existencia alguno de sus cortes o fracciones más o menos periféricos de su propia esfera.

La segmentación del hombre es de larga data. El pensamiento griego, con el que nace lo que hoy conocemos como cultura occidental, se inclinó inicialmente hacia el cuerpo del hombre, hacia su biología, su salud, su enfermedad, inclinación que se acentuaría con el correr del tiempo en el cultivo de la medicina —arte y ciencia de curar las enfermedades y devolver la salud perdida—, con la que había estado estrechamente vinculado en los orígenes, y de la higiene, parte de la misma medicina que procurará la conservación y el mejoramiento de la salud no solamente del hombre individual sino también del hombre conjunto, como igualmente de las condiciones de su vida física. Este fue el lado positivo del desarrollo de aquel estadio primigenio.

El lado negativo lo constituirá la atención primero preferente y luego dominante —que en infinidad de casos se convertirá en excluyente de toda otra— que el hombre pondrá, siguiendo esa vía, en lo concerniente a su cuerpo, en la satisfacción de sus necesidades y apetitos materiales con olvido y hasta menosprecio de los espirituales, y que degenerará en el cultivo del músculo —el deporte por el deporte— y el exceso en los placeres carnales, particularmente los sexuales. La desorbitada dedicación al cuerpo conduce a la adoración del cuerpo, dios insaciable y maligno que castiga sin piedad a sus adoradores llevándoles a temprana ruina y al más amargo desengaño. El dios del sexo, que tantos cultores cuenta en la humanidad actual, lo mismo normales que anormales —numerosos deportistas y atletas entre estos últimos— que le consagran himnos y cantan loas a la libertad desenfrenada, al puro instinto, al irracionalismo emancipador, al desprecio del “prejuicio sexual burgués” —desde hace algún tiempo también “prejuicio comunista”—, al exhibicionismo nudista, a la impudicia individual y colectiva y a toda suerte de perversión jactanciosa, creyendo en su ofuscación haber descubierto al único dios verdadero, es tan viejo como el hombre primitivo. La mitología griega estaba ampliamente fundada en violaciones, estupro, raptos, engaños y demás especies de fuerza y astucia sexuales. Las prohibiciones mosaicas de fornicar, desear la mujer del prójimo y codiciar su esclava patentizan la devoción abusiva de la humanidad de entonces al dios de la lascivia. Sodoma y Gomorra configuran modelos clásicos de fervor lujurioso y los frescos pompeyanos —recuérdese singularmente el de la balanza— quitan toda originalidad a los pornografomaniacos de los presentes días.

La aparición de los sofistas introdujo otra forma de preocupación no menos nociva, la política concebida con desdén de la verdad, cuya inutilidad para

escalar al poder, la fama, la riqueza y el placer les indujo a sustituirla por la opinión y la persuasión; arte, este último, estrechamente emparentado con el de seducir. Marías, a quien seguimos en esta página, apunta la reacción que provocaron los sofistas. Encabezada por Sócrates y sus discípulos abordó, por una parte, el tema del hombre desde el punto de vista moral, e insistió, por otra, en la capacidad de conocer, de alcanzar la verdad. “La consideración del hombre, desde entonces, va a ser una de estas tres cosas: física, ética o lógica. El hombre —resume— queda escindido”.

El cristianismo reintegró el hombre a su unidad esencial —la unidad del género humano— mas dio nacimiento a una nueva división: la del hombre creyente, cuya jurisdicción espiritual asumiría la iglesia y la del hombre súbdito, cuya jurisdicción temporal conservará el imperio, rompiéndose así la unidad religiosa y política del mundo antiguo por virtud del principio de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Poco después, siguiendo estas aguas, se inclinará hacia el lado interior del hombre (homo igual a anima) descuidando su vida exterior, y más adelante rectificará este rumbo para disputar el poder temporal a los reyes de la tierra, con grave perjuicio de la espiritualidad religiosa. Por su parte, el poder temporal procurará colocar al poder espiritual bajo su dominio, con más grave daño aún de esa misma espiritualidad. El emperador tendrá derecho de veto sobre la elección del sucesor de Pedro, derecho que confirmará el propio Papa León VIII, y se arrogará incluso el de nombrarlo. Alemania, Inglaterra, Rusia y otros reinos se independizarán totalmente de Roma y someterán sus iglesias nacionales a la autoridad de sus monarcas.

El racionalismo, retomando la vía del idealismo griego, ahondará el abismo al perpetrar la más grave segmentación del hombre. Luego de separar del resto del ser humano al ser pensante (“Yo no soy sino una cosa que piensa”), escindirá de la conciencia el mundo de la fe. Las relaciones fundamentales de la criatura humana quedarán divorciadas para no volver a reunirse: por un lado, la relación con su Creador, despreciada por los racionalistas; por el otro, su relación con el prójimo y su relación con las cosas. So capa de buscar la verdad por las rutas de la filosofía y de la ciencia, el hombre se irá alejando más cada día del verdadero camino de la verdad y de la vida. Privado de la visión genuina y caído en el imperio de las sombras, la criatura se despeñará al precipicio del error, quebrándose en mil pedazos. Esto de mil pedazos suena a metáfora. No lo es. Piénsese, simplemente, en la fragmentación del hombre en cuerpo y alma, en hombre interior y hombre exterior, en creyente y no creyente, en espiritualista y materialista, en espiritualista religioso y espiritualista agnóstico, en materialista mecanicista y materialista dialéctico, en individuo y colectividad, en hombre privado y

hombre público, en hombre blanco y hombre de color, en ciudadano y extranjero, en elector y no elector, en metropolitano y colonial, en gobernante y gobernado, en alfabeto y analfabeto, en propietario y desposeído, en hombre concreto y hombre abstracto, en hombre físico y hombre psicológico, en hombre biológico y hombre sociológico, en hombre lógico y hombre ético, en hombre conocedor ("homo sapiens") y hombre hacedor ("homo faber"), en contribuyente y no contribuyente, en hombre libre y hombre encarcelado, en partidario y adversario, evolucionado y primitivo, sindicalizado y no sindicalizado, aliado y enemigo, o en cualquiera de las otras mil fracturas inspiradas por la religión, la filosofía, la política, la economía, la geografía, la sociedad, la guerra, la educación, la propaganda, etc. y se admitirá que nada de metafórico hay en la afirmación al recordar que cada una de esas categorías o fracciones opone su propia imagen del hombre a la asignada a la categoría contraria considerada inferior, o lo segmenta dentro de la misma unidad humana.

En efecto, no solamente cada categoría sirvió de principio o pauta para extraer el aspecto que importaba a la categoría dejando ausente o ignorado el resto, sino que el ente situado en la categoría opuesta quedó prácticamente despojado de su condición humana. Para el recaudador de impuestos, el contribuyente ya no será una persona humana —cosa abstracta e imprecisa— sino algo concretamente importante: el pagador del impuesto. El no contribuyente sencillamente no será, no existirá. ¿A qué recaudador del mundo se le ocurriría pensar en los no contribuyentes? Si acaso llegara a pensar en ellos, sólo sería para darles vida confiriéndoles la verdadera y única calidad humana de contribuyentes. ¿Existe en la guerra el enemigo para otra cosa que ser exterminado o subyugado? ¿Por ventura le preocupa al capitalista el hombre encarnado en el trabajador más que como trabajador? ¿Merece el capitalista otra suerte que la de ser despiadadamente combatido bajo la dictadura del proletariado? ¿Qué importancia humana tiene para el hombre lógico —el hombre de la razón de Estado, por ejemplo— el hombre ético? ¿Importó alguna vez al político electoralista el no elector? Si alguna vez llegó a importarle fue para darle vida —como el recaudador al no contribuyente— otorgándole la suprema condición de sufragante, con la firme esperanza de que de su generosidad resultaran beneficiados su prestigio político y su caudal electoral, no la persona del nuevo sufragante.

Por esos y otros similares despeñamientos hemos arribado al hombre de nuestro tiempo. De allí que no haya de extrañar que nunca como hoy haya sido tan problemática la cuestión contenida en estas cuatro palabras: ¿Qué es el hombre?, a que se refiere Scheler, cuestión que movió a Haecker a recordarle que el hombre es, por esencia, en todo momento problemático; que es un problema en sí mismo, es decir, se siente como problema, y esto es así porque

su ser consiste en vivir en distintas esferas y órdenes a los que pertenece por ser un ente compuesto. "Naturalmente —agrega— si el orden de estas esferas y órdenes es perturbado o anulado, o si, incluso, es pasado por alto alguno de esos planos, entonces es posible que la problemática del hombre se agrave sobre la medida de lo tolerable, y esto puede ser lo que hoy sucede."

Esto no solamente puede ser lo que hoy sucede sino que es efectivamente lo que ha venido y sigue sucediendo. El haber absolutizado una cualquiera de aquellas categorías o aspectos del ser y de la vida del hombre y subestimado o directamente anulado las demás como meros derivados o subproductos del criterio escogido como verdad determinante, fue, precisamente, lo que condujo a la descomposición del hombre como unidad humana y como parte de la unidad conjunta que denominamos pueblo, sociedad o humanidad, según la perspectiva elegida.

De allí que para recuperar la unidad perdida, los pensadores —teólogos, filósofos, pedagogos, políticos, científicos— hayan debido exhumar la doctrina del hombre integral del cristianismo y otras religiones orientales. Mas el hombre integral no es simple suma de atributos sino una unidad sintética que además de comprender todos sus propios atributos —no algunos o casi todos— es en sí misma una unidad. El hombre, además de ser esto y aquello —no esto sí y aquello no—, es, ante todo y fundamentalmente, hombre. El ser es antes que el atributo o calidad.

Mounier, que atribuye con razón a Marx el haber acusado a Hegel de hacer del espíritu abstracto y no del hombre concreto el sujeto de la historia, de reducir a la idea la realidad viviente de los hombres, incurrirá en el mismo error de Marx y los marxistas en su búsqueda del hombre verdadero, del hombre integral, al afirmar predominantemente el lado social del hombre. "Las otras personas no la limitan —escribe Mounier—, la hacen ser y desarrollarse. Ella no existe sino hacia los otros." Esto es grave en un pensador cristiano. Es verdad parcial la primera parte (los demás ayudan al hombre a ser y desarrollarse, no lo hacen totalmente) y es gravísimamente inexacta la parte final. El hombre no existe "solamente" para los demás sino "también" para lo demás. Ha de empezar existiendo para su Creador y para sí mismo.

Este es, sin duda, el mayor error del hombre de nuestro tiempo, seducido por las justas reivindicaciones del marxismo, que han confundido a los mismos pensadores cristianos.

"El así llamado 'materialismo histórico' no se funda —señala Mondolfo— en la teoría filosófica del materialismo, contra la cual más bien dirige una crítica y una refutación de las más decisivas: sino en la "filosofía de la praxis", que es una filosofía de la actividad, y que coloca al hombre como su-

jeto real y activo en el centro de todo proceso cognoscitivo y práctico". Silvio Frondizi afirmará que "toda la realidad reside en la praxis del hombre." Semejante concepción de la realidad y del hombre le llevará a sostener que "El fin de la alienación humana será 'el retorno del hombre a sí mismo', es decir, la reunificación de todos los elementos de lo humano". Pero esa reunificación no será total. "Una filosofía materialista y práctica no puede presentar un ideal trascendente; su ideal debe ser función de la realidad". El hombre, para el marxismo, es un todo inmanente sin relación con la trascendencia. Su conciencia es también un todo sin conciencia religiosa. El sentimiento formará parte del hombre con la sola condición de que excluya el sentimiento religioso. La realidad será total siempre que no comprenda la primera realidad espiritual. El ser es un todo que elimina al Ser.

Eliminado Dios, eliminado el Ser Absoluto, eliminado el Creador del hombre y del universo, eliminada la relación de la criatura con su Creador, toda aberación será posible.

DE HUSSERL A VIERKHANDT PASANDO POR HEIDEGGER

JOSÉ SALVADOR GUANDIQUE
Universidad de San Salvador

(Fragmento del Capítulo "El Enigma
Cognoscitivo" de un libro "Sociología", en preparación; parte general).

EDMUNDO HUSSERL, padre de la Fenomenología a la moderna,¹ —porque Hegel nos dejó una del *Espíritu*, con otra posición² y diverso giro—, nació el 8 de abril de 1859 en Presnitz, mínima ciudad de Moravia, de origen israelita; extinguióse, cumplidos los 79 años, el 27 de abril 1938, profesando aún su cátedra de filosofía en Friburgo, sede de Heidegger, quien a propósito no defendió a su antiguo profesor cuando fue objeto de la embestida nazi, y se conformó muy personalistamente, con llegar a la Rectoría; lo que todavía sufre, dado que, en la actualidad, no desempeña labores docentes regulares.³

¹ ERNST JOHANN Y JÖRG JUNKER, en *Historia de la cultura alemana en los últimos cien años*, marcan 1913, como el año de la fundación de la moderna Fenomenología, p. 118, al publicar Husserl "Ideas de una Fenomenología pura y de una Filosofía fenomenológica", aunque otros la retornen a 1906, cuando salió *La Filosofía como ciencia rigurosa*.

² Se ha explorado muy poco, hasta donde sabemos, la inter-relación entre *Fenomenología del espíritu*, por HEGEL (1770-1831), según Brehier, que le dedica todo un Capítulo, en T. II, de *Historia de la Filosofía*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1948, pp. 620 y sigs. "Hegel nos enseña en ella cómo nace en el hombre el pensamiento filosófico y cómo es éste la consumación del conocimiento. Bryce ha llamado a esta Fenomenología la autobiografía del espíritu del mundo y la ha comparado, con acierto, a las novelas del tipo de *Años de Aprendizaje*, de W. MEISTER, DE GOETHE", pero se ha investigado poco —repetimos— qué relación existe entre ambas fenomenologías: la del siglo XVIII, hegeliana, con la del XX, husserliana. Sería interesante un examen de tal punto.